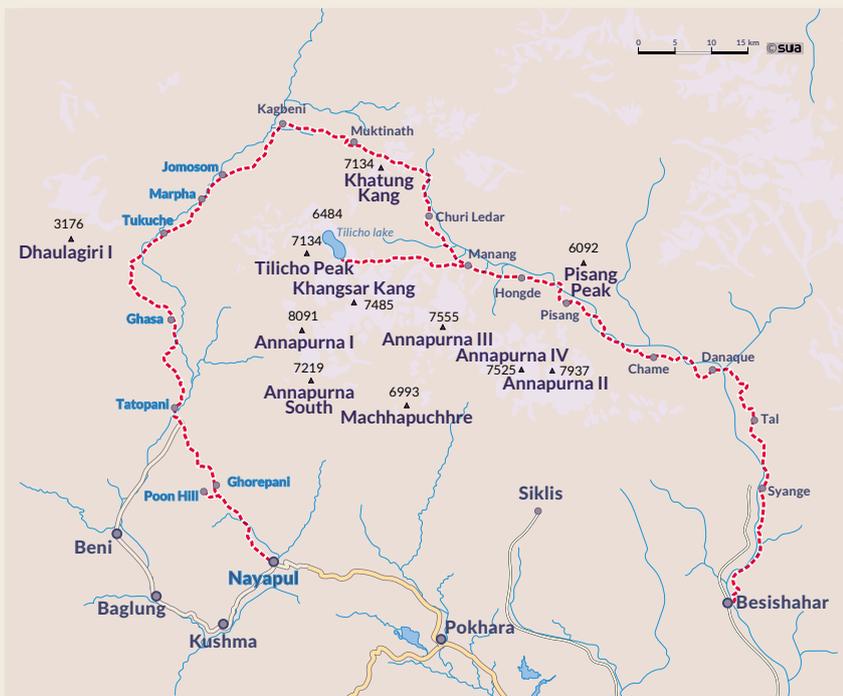


ANNAPURNAS AL PIE DE LA DIVINIDAD

Pongamos que hablo de un lugar "donde hima" (donde hay nieve), donde la diferencia con nuestras montañas reside en el dolor cervical que produce mirar a sus cimas, donde el silencio esta sesgado por el viento frío que corta las paredes heladas de más de 8000 m, donde tan solo el hecho de caminar empequeñece cualquier gloria pretérita y donde esta humildad se traduce en sorpresa ante unos cielos azules recortados por blancos e interminables cresteríos que delimitan este santuario natural.



Gerardo Marquínez
(Bilbao, 1963)

Entusiasta de la montaña en sus diversas variedades (barranquismo, bicicleta o alpinismo). Perteneció a varias asociaciones montañeras y ha impartido charlas y proyecciones sobre diferentes países. Gran apasionado del continente asiático ha viajado por países de los cinco continentes. Inconformista y enamorado de los paisajes y la fotografía, encuentra en la naturaleza su medio natural.



KATMANDU

Cuando desembarcamos en Katmandu con un cierto sabor nostálgico asistimos a un mar de caos y prisas ruidosas que se han adueñado de la acogedora ciudad; ya no circula su vida en torno a la calmada Thamel, ahora las arterias principales, saturadas de humos irrespirables, dinamizan la vida diaria. Buscamos el centro y los históricos rincones para hallar ese Nepal original, refugiarnos y respirar la inocencia de un pueblo que sigue viviendo de las montañas.

Thamel sigue siendo un mundo de comerciantes, de sonrisas y de intercambio dinerario por bienes de dudosa procedencia. *The North Face* ha tomado al asalto todas las tiendas de deporte y en algunas de ellas ya se intuye la omnipresencia china que coloniza poco a poco nuestro mundo; caemos en las trampas del "low cost" atraídos por las apariencias de lo grande a precios más que asequibles para los occidentales.

El rastro del incienso conduce hasta las pequeñas pagodas y altares diseminados en cada una de sus plazas y así constatamos que la presencia divina del Nepal no es patrimonio de las cimas nevadas cubiertas de banderas de oración, aunque sin duda la divinidad tiene mucho trabajo en estas casas de fachada adusta, barrios bulliciosos, desvencijados y cubiertos de irresolubles cableados de luz y telefonía.

Al abrigo de un jardín interior, un reducto de paz y una taza de *lemon tea* nuestra vista baila sobre el mapa de los Annapurnas, colores verdes surcados por valles y una línea gruesa que parece interminable dibuja y circunda unas montañas de blanco immaculado; la marca discurre en sentido anti horario desde Besishahar hasta Birethanti, apenas un garabato en el mapa define nuestro plan para las próximas dos semanas.

Nepal, el país de las altas cimas: 8 de los 14 ochomiles del planeta eclosionan su piel, el único país que triangula su bandera tan



Khangsar. Río Marsyangdi

punzante como las cimas astilladas que representa, los únicos habitantes que consideran que un collado no puede adoptar ese nombre por debajo de los 5000 m, que un pico no es nada si no alcanza los 7000 y que una montaña tiene que crecer por encima de los 8000 para ser considerada como tal.

LA RUTA

Partimos de Katmandú con el eco de la palabra “Namaste” (reconozco la divinidad que hay en tu interior); se instala rápidamente en nuestra escasa jerga local, es la palabra que despierta sonrisas en cada cruce de caminos y que se convierte en un útil comodín para comenzar una conversación. Una larga y sinuosa ruta de autobús a lo largo de los cauces de los ríos Trisuli y Marsyangdi nos conduce a Besisahar

donde nos vemos caminando por una ciudad adoquinada de amabilidad.

Partimos de Katmandú con el eco de la palabra “Namaste” (reconozco la divinidad que hay en tu interior)

La mañana brilla con un sol poderoso y blanco cuando nos presentan a los porteadores, siete cuerpos enjutos, mimetizados entre unos bultos voluminosos que esconden más “por si acaso” que necesidades reales. Aquí empieza la línea azul de nuestro mapa, a baja altitud (820 m) buscando una aclimatación de siete días antes del paso de Thorong La. Apenas arrancamos y cruzamos el primero de una cuenta infinita de puentes colgantes tibetanos que



Dhaulagiri al atardecer

harán las delicias de Alberto (nuestro compañero más bregado en la montaña). Vamos ascendiendo en un paisaje verde salpicado de arrozales que bien podría confundirse con la verde campiña Balinesa. No es un camino reservado a los grandes alpinistas, es la vía de comunicación de sus aldeas, de sus escuelas diseminadas a cada lado del valle y algún que otro centro de salud oculto en las pendientes laderas. Un país que reside mayoritariamente por encima de los 4000 m se mueve cómodamente en estos caminos mediante la tracción animal de las mulas y yaks.

Es un intercambio constante de sonrisas y miradas de asombro ante unos ropajes arcoíris que nos definen más como la "troupe de un circo" que como hombres de montaña y así nos dan el consejo más importante del trek: *"cuando os crucéis con un yak permane-*

ced del lado de la pared, son animales impredecibles y nadie ha tenido la oportunidad de quejarse una vez que el precipicio se ha adueñado de él".

Bosques de ladera repartidos en caminos sembrados de arroz y mijo discurren entre rabiosas aguas azuladas que enmarcan el fondo de cada valle. En el camino los pueblos se mueven en cestas de bambú a espaldas de estos diminutos seres que como hormigas soportan casi el peso de sus cuerpos protegidos del suelo pétreo y anguloso por unas simples chancletas sobadas y desdibujadas.

La reducida estatura ayuda a que su riego sanguíneo sea más ágil que el nuestro, lo que sin embargo no evita que nos invada un dañino sentimiento de culpabilidad al verles transportar nuestra carga.



planta en planta exhibe un cuadro de la vida nepalí. Son etapas cortas que oscilan entre los 20 y 25 kilómetros diarios y que discurren de los paisajes verdes del valle del Marsyangdi a los pies de los macizos blancos desde Bahundanda a Chamje.

Cerca de Dharapani tenemos el primer contacto visual con la cadena montañosa del Manaslu, y pensando que hemos encontrado a uno de esos gigantes mitológicos de los libros del montañismo se nos encoge el estómago y se nos dispara el ojo fotográfico; allí, vestido de inmaculada blancura y marcado por trepidantes escarpes, confundiendo con las nubes en la cima, nos detiene en seco a pesar de la distancia.

En el distrito de Manang los valles se estrechan y las sendas son más expuestas, la luz rígida apenas alcanza a iluminar el fondo de los valles

Cada recodo de estos senderos conlleva una imagen tópica y típica, seccionados por "Manis" (pequeños altares de piedras con oraciones grabadas en sus losas) que hay que dejar siempre a la derecha, molinos de oración, "Om mani padme hum" escrito en sus laterales, que giran incansables lanzando al viento esta plegaria que busca la serenidad y la iluminación de quien los acciona, diseminadas aldeas colgadas en los pliegues de vértigo de las montañas y grano esparcido en diminutas eras secándose al sol.

Alternamos cada una de las vertientes en continuos ascensos y descensos para evitar la pista que ha abierto el progreso, cuando en el distrito de Manang el paisaje comienza a cambiar, los valles se estrechan y las sendas son más expuestas, la luz rígida apenas alcanza a iluminar el fondo de los valles y esta rareza nos depara increíbles atardeceres polarizados perfilados por los contrafuertes del macizo del Annapurna.

HISTORIA DE CAMBIOS

Cada población parece anclada en la tradición y aunque a priori podríamos decir que no ha cambiado mucho en los últimos 20 años, un gran alud de acontecimientos se ha llevado el Nepal que conocíamos.

Desde nuestra última visita en el 94, el país se ha visto envuelto en continuas turbulencias políticas. La primera gran convulsión forjada por la revuelta Maoísta del 96 que fue finalmente sofocada

Secando ropa en el tejado Timang



Soportan casi el peso de sus cuerpos protegidos del suelo pétreo y anguloso por unas simples chancletas sobadas y desdibujadas

El camino es una estampa preciosista salpicada de niños que de azul decoroso asisten corriendo a las escuelas excesivamente alejadas de sus viviendas, portadores de leña recogida en los límites de las nieves, mujeres arrodilladas que segregan y aventan el grano de maíz, de vez en cuando los ojos tristes de un anciano recogido contra una pared al sol; mientras tanto ascendemos interminables tramos de escaleras en este edificio natural que de

NEPAL

por el clan regente a pesar de su inestabilidad política y mental, concluyendo en un trágico regicidio de la familia a manos de uno de sus miembros, el príncipe Dipendra y el posterior suicidio del mismo para poder dejar así reseña sonada en los libros de historia.

Ante la sociedad aun entregada a una mentalidad feudal el nuevo regente Gyaneudra (tío político del sátrapa regicida) pudo enarbolar la bandera de la estabilidad en un país con un crecimiento desmesurado de la mentalidad Maoísta adecuadamente abonada tanto por sus vecinos del norte como por las condiciones de vida totalmente insolidarias, tan solo quebrantadas en los escasos enclaves budistas del país.

Pero todo lo que se mantiene unido artificialmente tiende a separarse de forma natural y la limpieza política que Gyaneudra trató de aplicar encendió nuevamente la mecha revolucionaria y el país completo tomó las calles, los senderos y las aldeas; incluso me atrevería a decir que alguna consigna figura aun entre las banderas de oración que ascienden a los colosos de la montaña.

Como siempre, las revoluciones se tejen con los mismos hilos que los sueños pero el despertar generalmente se produce sobre una cama ensangrentada y Nepal no fue una excepción. La comunidad internacional se vio obligada a intervenir y el país que había nacido en el S. XVIII, el "País de Gurkha" se vio colgado al final de la cadena teniendo que adoptar una postura aceptada por todas las partes: una república parlamentaria que desde el 2012 ha

permitido ir alternando en el poder el partido maoísta y el partido del congreso.

Desde entonces y muy lentamente el país va mostrando cada vez un perfil más internacional estratégicamente necesario no solo como fuente de ingresos sino como contrapeso para neutralizar la influencia política que el gigante norteño chino pudiera ir sembrando.

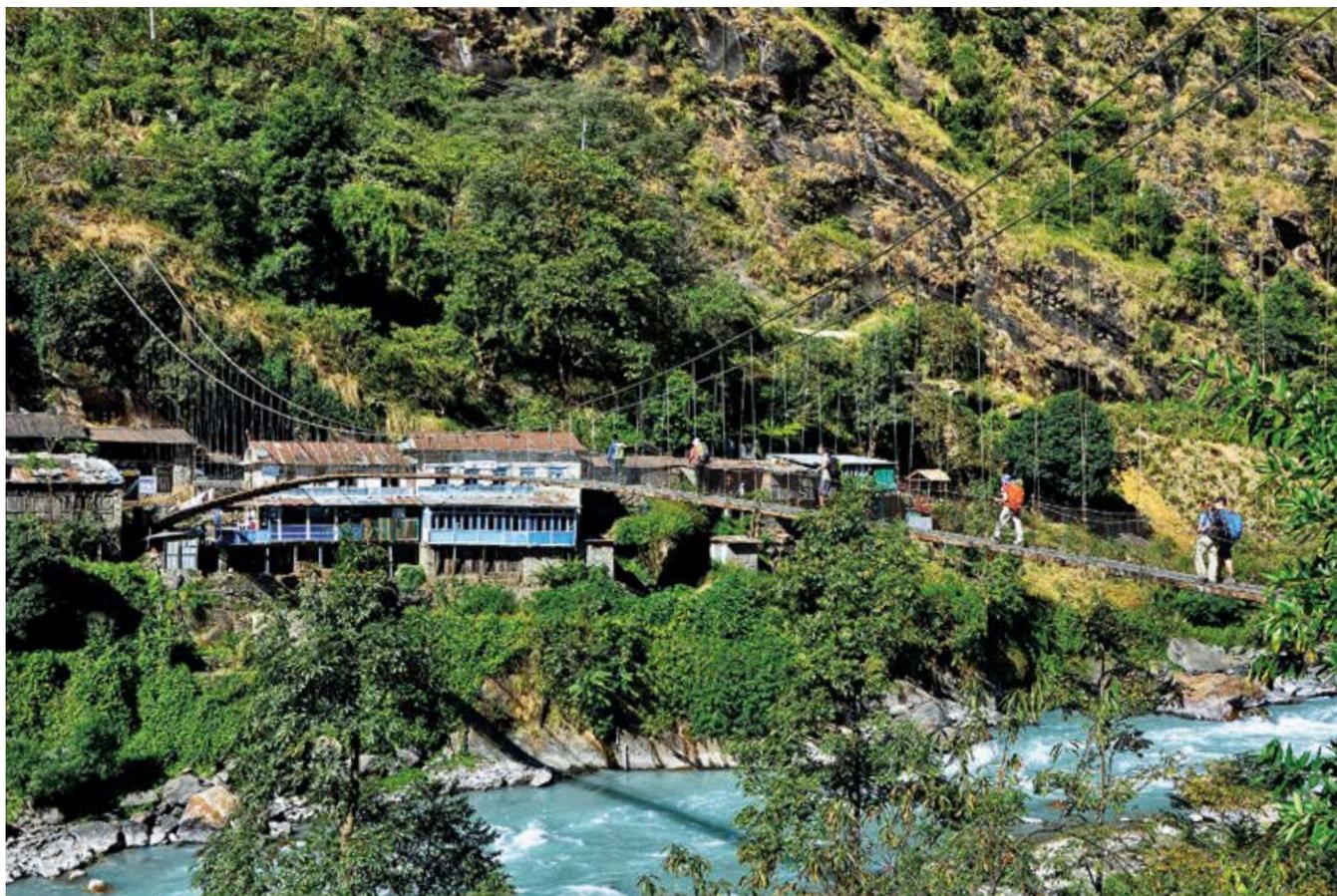
SEGUIMOS EN RUTA

Algunas veces la senda discurre próxima al río entre los rabiños ruidosos salpicados de espuma blanca y repentinamente vuelve a ascender para dejarnos a la vista de los 6100 m del pico Lamjung, que bien podría haber sido el mismísimo Annapurna. Desde aquí las partes bajas muestran una erosión profunda y las cimas cubiertas de hielos perpetuos cada vez subrayan más su blanca cabellera entregada a un cambio climático que en breve visitará también sus metros más altivos.

A esta altitud la puesta de sol nos sorprende con una brutal caída de temperaturas de entre 10 y 15 grados

Valle Khansar hacia Campo base Tilicho





Chamje. Puente Colgante

Las horas de luz son escasas y conviene comenzar la singladura al alba. El desayuno arranca con el pan tibetano o *chapati* con miel acompañado del *lemon tea* como prelude de un nuevo día de descubrimientos, un corto descanso a mediodía y un almuerzo frugal en alguno de los *lodges* del camino con el socorrido *dalbhat* (arroz con lentejas y pequeñas verduras potentemente activadas de bálsamo de fierabrás donde buscar el calor que el sol te niega). A esta altitud la puesta de sol nos sorprende con una brutal caída de temperaturas de entre 10 y 15 grados y convierte este instante en un momento visualmente sorprendente aunque térmicamente sobrecogedor que tratamos de hallar amparados al calor de una estufa que devore velozmente los excrementos de yak.

La marihuana crece salvaje a ambos lados del camino antes de llegar a la inmensa cascada de "Tal". Los enormes bosques de rododendros, húmedos, verdes y frondosos que parecen sacados de una selva tropical nos franquean el camino de Chame antes de desembocar en una planicie que bordea y define "la ola", una interminable pared de casi 1500 m de desnivel en forma de embudo, limpia y segada por la erosión que cierra el valle como si se tratara de la pared de una palangana. Esta noche Pisang nos alberga con un catre duro arrullados por el eco del viento fuerte transpirando entre las tablas de las puertas.

Vuelve la mañana, vuelve uno de los momentos más duros del día, el de abandonar el vientre acogedor del saco de dormir con la pereza de tener que abordar la disyuntiva de lavarte los dientes y la cara frente al agujero insalubre y escondido en la oscuridad del reitre o salir a la intemperie donde el hielo se ha adueñado del paisaje.

Nuestra ruta nos sitúa por encima de los 3600 m buscando la ciudad de Manang, cabeza de comarca y puerta de entrada de la bifurcación del paso de altura de Thorong La. Manang nos recibe nuevamente con los últimos rayos de luz en el monasterio budista de "Bragha". Las siluetas de los monjes en el tejado del monasterio contra el fondo del Annapurna IV, unas casas desvencijadas por el terrible terremoto que asoló el país hace dos años y unas búfalas que pastan mansamente en las extensas llanuras del otro lado del valle dibujan este cuadro sereno más propio de un sueño que de un sendero de alta montaña. Este es el escenario que J.J. Annaud escogió para filmar escenas de su película *Siete años en el Tibet*.

Orando al sol. Ghasa





Dahulagiri

Manang es el epicentro político y comercial de la comarca, esto significa, ni más ni menos, que tiene cuatro servicios básicos y una infraestructura hotelera que quintuplica su población en temporada alta. Las tiendas solo dispensan lo que se encuentra a la vista en sus escaparates y la existencia de una estación de depuración de agua nos permite recargar nuestras cantimploras.

El agua embotellada es extremadamente cara, sin embargo la ONU ha dotado a determinadas poblaciones de instalaciones de ozono para potabilizarla y comercializarla; los ingresos de las mismas revierten sobre la comunidad consignándose así en una fuente de ingresos adicional que por un lado ayuda económicamente a las poblaciones y a la promoción de una cultura medioambiental extremadamente necesaria a juzgar por el gran número de miembros del Clan de los "Atapuercos" que circundan estos caminos.

Si tuviera que elegir un momento estelar por su belleza o más bien por la sensación de admiración y de serenidad que infunden, la aproximación desde Khangsar al campo base del Tilicho sería, sin duda, uno de ellos. Unas laderas peladas y escurridas, sobrantes de peñascos que brotan en un camino estrecho inundado de polvo que agita el viento de la tarde y que difumina el paisaje; allí en el fondo del contrafuerte se dibuja un hilo de agua mientras que al final del mismo, en la parte alta de este cuadro se encuentra la cima de 8000 m del Annapurna IV.

Volvemos levemente al mundo después de una ducha sarracena en el campo base; tenemos más superficie corporal expuesta a la

intemperie helada que al agua caliente y este contraste térmico pinta en nuestros cuerpos una bandera rojiblanca de la más bilbaína.

POR ENCIMA DE 5000 M

"Hoy vamos a probarnos", susurra Imanol; la ascensión al Lago Tilicho se ejecuta a ritmo de aclimatación, fase previa para abordar con garantías el paso de Thorong La. Rosa, una de nuestras aventureras comienza a presentar síntomas de mal de altura y enciende la luz roja a 5020 m en el mismo lago, tras unas sufridas horas de ascensión.

De camino a Thorong Pedi el estado físico de Rosa se agrava y la prudencia aconseja a Hyndra e Imanol tomar la decisión de evacuarla en helicóptero, un traslado rápido de tan solo 45 minutos de vuelo a Kathmandu. Mientras ella vuela suavemente entre las cimas de los gigantes blancos, nosotros nos acercamos al mítico Thorong La, el punto de mayor altitud en la ruta con un cambio absoluto del paisaje.

El reloj y el mundo duermen cuando apenas a las tres de la mañana se encienden los frontales, una hilera de luces que asciende serpenteante más allá del "High Camp" por el camino en el que perdieron la vida 20 montañeros hace 3 años tras una nevada imprevista y leonina. La línea pálida del amanecer en el cielo nos sorprende a los 5416 m; respiramos el placer de las metas arropados por miles de banderas de oración; con los ojos ligeramente

humedecidos, helados y una respiración entrecortada buscamos refugio para poder tomar un té vital antes de afrontar el descenso hacia las tierras en la frontera del Tibet, al pie del Dhaulagiri.

Kali Gandaki, el río sagrado del Nepal que secciona limpiamente el macizo de ocho mil metros, talla el cañón más profundo del planeta

Muktinath muestra más sus prominentes cadenas hoteleras que los artesanales telares que cubrían sus calles; enclave de peregrinos y religiones, hileras de jóvenes que se arriman a las fuentes de agua de vida en un adoctrinamiento moderno que oculta los relojes dorados debajo de los saris. Mientras, la enorme escultura de Buda les mira perpleja desde el otro lado de la ladera.

Una amplia pista nos conduce por un paisaje semidesértico que atraviesa poblaciones medievales encastilladas como Jung, vetas ocres y verdes jalonan las montañas en el descenso hacia el maravilloso valle del río Kali Gandaki. Este es el segundo lugar enigmático de la ruta; el río sagrado del Nepal que secciona limpiamente el macizo de ocho mil metros, arrugado como un relámpago en el firmamento, talla el cañón más profundo del planeta (5500 m de profundidad) escoltado por dos divinidades: el Dhaulagiri y el Annapurna. El cuadro es sobrecogedor, un extremo del río se pierde hacia el norte en el reino de Mustang oculto en un laberinto de paredes horadadas que ocultan la propia corriente mientras el otro discurre hacia la India para recrecer el más sagrado Ganges.

Acompañados por la corriente del Gandaki en su sobredimensionado cauce detenemos nuestro paso en la antigua aldea de Marpha para reponer fuerzas a la vista de la carne seca de yak que cuelga de sus ventanas y sus tejados cubiertos de leña para el invierno. En el calor del mediodía los gremios antiguos desfilan al sol: muleros, cabreros y campesinos que con sus arados de uña de madera desafían la consistencia del terreno robado al río.

A estas alturas del viaje nuestros pantalones se tienen de pie, rígidos como el cuero, las piernas acumulan el cansancio de 240 km y 13000 m de desnivel que se hace presente en las laderas del Nilgiri. Buscamos las aguas termales de Tatopani, allí donde los viajeros procedentes del norte dejan el polvo del Tibet y los del Sur el del reino de Mustang.

El último tramo de nuestro camino nos eleva nuevamente en un largo ascenso tallado de escaleras que anárquicamente distribuidas salvan un desnivel superior a los 2000 m hasta Poon Hill. El viento es gélido está noche y nos sirve el amanecer más radiante de la aventura: una luz calmada, un pincel fino y preciso que va dibujando primero el perfil almenado del Machapuchare con la serigrafía de unos manchones grises en la base que camaleónicamente se toman blancos glaciares; al poco de despuntar el alba el Annapurna se viste de luz en toda su extensión clamando su auténtica dimensión que la distancia no es capaz de disimular.

El último tramo nos eleva en un largo ascenso tallado de escaleras que superan un desnivel superior a los 2000 m hasta Poon Hill

La visión del amanecer se mantiene en nuestro interior a lo largo de un descenso vertical de 1500 m en escalones jalonados de manantiales y frondosas pieles de musgo hasta las estribaciones mismas de Birethanti donde nuestro molino detiene finalmente su giro.

Sin duda parece muy lejana la fecha de comienzo, nuestra mente repleta de sensaciones y de imágenes inolvidables: bosques de ladera que cubren murallas verticales, densos jardines de rododendros, aguas tumultuosas que rompen blancas y sonoras, glaciares azules, paisajes desgastados y polvorientos que cobran vida y bailan al final del día impulsados por el viento del norte y sobre todo cimas blancas, inmaculadas, más allá de nuestro alcance físico pero al alcance de nuestra imaginación. Así, sencilla y completa es la divinidad del Annapurna.

Jagat

